

METAFORA, TOPOLOGIA, HORROR AL VACIO

Enrique Tenenbaum, agosto 2011

Descubrimos (en la alta noche ese descubrimiento es inevitable) que los espejos tienen algo monstruoso. Entonces Bioy Casares recordó que uno de los heresiarcas de Uqbar había declarado que los espejos y la cópula son abominables, porque multiplican el número de los hombres. Le pregunté el origen de esa memorable sentencia y me contestó que *The Anglo-American Cyclopaedia* la registraba, en su artículo sobre Uqbar.

J.L. Borges

El efecto poético, aquí metafórico, es soportado por la polisemia del significante *multiplican*, pero no es a la polisemia que se debe la metáfora sino a la posibilidad de pase de sentido, pasaje de la multiplicación de imágenes a la reproducción sexual, pasaje de un precepto bíblico –*Creced y multiplicaos!*– a las leyes de la física en su rama óptica. Este pasaje de la religión a la ciencia a partir de una metáforaⁱ permite introducir la pregunta acerca de cuánto hay de incidencia metafórica en ellas.

Leo variados testimonios sobre el pase. Algunos de ellos más cercanos a lo que entiendo que se proponía Lacan cuando inventara el dispositivo, para intentar dar cuenta del pasaje de analizante a analista –allá por el 67– o para intentar verificar que *y a du analyste* unos años después. Otros testimonios –no es necesario que los identifique, se pueden leer en la web con sólo buscarlos– por el contrario, escapan a tal propósito de un modo que roza la molestia. Es esa molestia, por lo que implica al cuerpo, la que interrogo.

La molestia se produce invariablemente cuando el testimoniante apela al recurso de señalar en los momentos culminantes de los análisis –mentados como nudo central, punto nodal, momento clave– un aspecto de la así llamada teoría psicoanalítica: la barradura del Otro, el atravesamiento del fantasma, la desidentificación a una letra condensadora de goce, y así siguiendo.

El primer ensayo de explicación de la molestia se presenta como el rechazo a la aplicación de la teoría al llamado caso clínico, práctica que se ejerce en ocasiones con cierta desmesura en las reuniones analíticas, tomando por real lo que es –en todo caso– metafórico. ¿Por qué esperar entonces que aquel que da testimonio de lo que su fin de análisis le hizo saber se sostenga en otra argumentación?ⁱⁱ

Alguna cuestión que hace a nuestra práctica, a las dimensiones de nuestra práctica, debe estar jugando de un modo fuerte como para que tales efectos tengan lugar.

Situados frente a un uso extremo de lo que Freud y Lacan nos legaran en tanto soportes discursivos para hacer pasar la experiencia del análisis, hablar –ubicar el extremo más ruidoso– de cortes, suturas y empalmes en la transferencia como si operáramos sobre cadenuros requiere – ¡por lo menos!– que se lo explicita, es decir: que se diga si se está haciendo un uso metafórico de las operaciones con que Lacan se sirviera para hacer pasar

dificultades de la práctica de un modo tal que alcancen la escritura. De lo contrario nos desplazaríamos sin salto a sostener que todo lo simbólico es real, con lo que toma su justo lugar la advertencia por Lacan de sostener al mito de Edipo en lo simbólico como condición indispensable para que el psicoanálisis no devenga un delirio schreberiano.

Pero en el otro extremo, con un hablar que se pretenda despojado de todo saber, nos encontraríamos con un testimonio afásico, en el que ninguna palabra extraída del discurso corriente podría tomar su justo lugar, y habría que cernir cada vez su significado y alcance, su sentido, para que el destinatario del relato se encuentre en condiciones de escuchar la contingencia de que algo pase.

Adelanto mi posición antes de intentar argumentarla. Freud en *Lo Inconsciente* se propone terminar con la disputa terminológica dando lugar a una escritura. Cuando escribe *ICS* no quedan dudas de que no se trata del inconsciente en sentido tópico o dinámico sino estructural. Lo que gana en precisión lo pierde en retórica, es su *agieren*. Lacan retoma el gesto, primero bajo la forma de la homofonía: *le désir et/est son interpretation*. No hay modo de quitarse el baño de indecidibilidad que la homofonía instila, salvo mediante el recurso a la escritura. *L'une bévue* será el eslabón final de esa operatoria. ¿Es posible estar a esa altura en un testimonio? ¿Demasiada expectativa? Sin embargo, si no se juega algo de la escritura que supla la imposibilidad de escribir –como un matema, por caso- el fin de un análisis, el testimonio restará no como intento fallido sino apenas como experiencia subjetiva.

LA METÁFORA, ENTRE TOPOLOGÍA Y PSICOANÁLISIS

Me sitúo en el Seminario *Topología y Tiempo*, en la clase del 21 de noviembre de 1978. Es la primera clase de dicho Seminario, clase en la que Lacan escribe bandas y nudos y se dedica a mostrar sus características intrínsecas y extrínsecas, y es más: invita a *controlar* lo que *hace* sobre sus bandas moebianas -¿construidas en algún soporte material?-. La clase comienza afirmando que hay una correspondencia entre la topología y la práctica, y que esa correspondencia consiste en el tiempo. Al finalizar señala que... *hay a pesar de todo una hiancia entre el psicoanálisis y la topología. Esto en lo cual me esfuerzo, es en esta hiancia, ella permite en la práctica hacer un cierto número de metáforas. Hay una equivalencia entre la estructura y la topología.*

Me pregunto si la equivalencia de la que habla es una metáfora entre otras, en ese cierto número de metáforas.

La versión que cito es la traducción corriente al español. La versión estenotipada que corresponde a *rue CB* difiere en un punto más que crucial, ya que dice que ⁱⁱⁱ *hay de todos modos una hiancia entre el psicoanálisis y la topología. Es en lo que me esfuerzo, en*

esta hiancia, en colmarla. La topología es ejemplar, permite en la práctica hacer un cierto número de metáforas...

¿Se trata de colmar la hiancia o de sostenerla como tal? Si leemos que se trata de colmarla, de identificar uno con otra, psicoanálisis con topología, no haría falta metáfora alguna, con lo cual resultaría más que lícito hablar al fin de análisis como si una brecha hubiera sido colmada, hablar de un Otro que no existe y a la vez haciéndolo consistir.

No he tenido acceso a otras versiones del Seminario, de modo que mantengo la incertidumbre y sus alcances en cuanto a la incidencia de las metáforas que esa hiancia permitiría, según la verba de Lacan.

Recurro entonces a otra ocasión en el Seminario, esta vez en *RSI*, en la clase del 17 de diciembre de 1974. Lacan se revuelve contra la idea de que el Nudo Borromeo sea un modelo. Incluso aclarando que el modelo matemático es el que funda una escritura extrapolando un real. Repudia –término fuerte si los hay- la calificación de modelo para el nudo, puesto que reserva el término modelo para lo imaginario. En cuanto al nudo, que tiene apariencia de modelo por cuanto consiste, *no es sino por sostenerse entre ellos* –los tres anillos- *que consisten. Los tres se sostienen entre ellos realmente, lo que allí implica la metáfora...*

Y enseguida Lacan se pregunta por los límites de la metáfora, ya que precisa afirmar –por ese entonces- que la consistencia no se sostiene más que del real, lo que configura –dice- *una diferencia de sentido*. Hasta donde puedo entender, Lacan fuerza el sentido para señalar que es lo real lo que sostiene, que *se sostienen realmente*, lo cual no puede sino entenderse a título metafórico. Entonces recurre al lingüista, para intentar que él defina los límites de la metáfora bajo el interrogante siguiente *¿qué es lo que puede definir un máximo de la diferencia de la metáfora... cuál es el máximo permitido de la sustitución de un significante por otro?*

La pregunta se la formula no al lingüista en general sino al que estaba allí sentado, en primera fila, a Jakobson. Desconozco si Jakobson respondió a esa pregunta, no tengo ese dato, pero me encontré, a propósito de otra indicación de Lacan, leyendo una serie de entrevistas que se publicaron con el título de *Lingüística, Poética, Tiempo*^{iv} en una de las cuales Jakobson se refiere no al límite de la metáfora sino al de la metonimia. Particularmente le interesa que en el discurso poético como en el cinematográfico no es lo mismo mostrar las manos de un pastor que señalar su rebaño; en el primer caso se trata de la sinécdoque en tanto menta una parte por el todo, mientras que en el segundo se trata de la contigüidad propia de la metonimia. El modo en que Jakobson plantea el límite entre la sinécdoque y la metonimia es atendiendo con toda precisión a lo que él llama contigüidad exterior –para la metonimia- y contigüidad interior –sinécdoque.

Si extendemos este análisis para la metáfora –aquí no tenemos otro tropo tan próximo, a menos que consideremos la condensación freudiana- se tratará de deslindar lo que es real en tanto que uno de los tres anillos del nudo –indiferenciables en tanto tales- de la operación de nominación de ellos, operación por la cual es posible afirmar que el real es

el que anuda, o que el anudamiento es real. ¿En qué consiste entonces la metáfora sino en hacer funcionar la operación de anudamiento como el real que anuda, redoblando al real que es también uno de los anillos anudados? Afirmar, entonces, que lo real anuda, es una metáfora.

Ahora bien, y para terminar, la pregunta por el límite de la metáfora podría orientarnos sobre si la hiancia entre psicoanálisis y topología debe colmarse o bien sostenerse. De no sostenerla no cabría distinción entre topología y clínica, y tendríamos todo el derecho a intentar forzar el *casus* para que se comporte acorde a nuestra sabiduría.

Pues bien, la deriva freudiana fue exactamente en la dirección opuesta. Una sola excepción haría caer todo su edificio teórico, como cuando cesó de creer en su *Neurótica* por una evidencia inesperada, estadística: en los dichos de sus histéricas se trataba de versiones del padre, no del padre de la realidad.

Si para soportar los interrogantes de la práctica Lacan ha decidido seguir la brecha freudiana de la escritura, desde el grafo hasta los discursos, desde el esquema L hasta los nudos, estas escrituras no son sino soportes para trabajar la dificultad. Así lo define por ese entonces Lacan al afirmar que *el nudo no es el modelo, es el soporte*. A entender como metafórico dicho soporte, aun cuando Lacan flaquee y sostenga –por ejemplo^v– que repliega el inconsciente sobre lo simbólico.

Esta caracterización como soporte o como metáfora de lo que se ha dado en llamar teoría psicoanalítica deja a este término, teoría, en suspenso, y aboga por una apoyatura escritural siempre parcial, inacabada, local, que fuerza a que cada analista reinvente –con su trazo singular– el invento freudiano, lo que no es, castración mediante, sin horror –al acto.

Concluyo con un fragmento de una *causerie* vernácula, de Lucio Mansilla, llamada *Horror al Vacío*^{vi}

Ustedes saben, y cómo no han de saber, lo que es la teoría de las formas sustanciales o accidentales. Pero si alguno no lo sabe, diré que de esa teoría se ha burlado Molière, y con razón, porque ella inducía a errores que alejaban el espíritu humano de la investigación ilustrada de las verdaderas causas. Por ejemplo, esa teoría decía más o menos que como entre los cuerpos unos caen hacia la tierra y otros se elevan en el aire, la forma sustancial de unos es la gravedad, y la forma sustancial de otros es la ligereza...¿Qué resultaba de allí? Que no se trataba de investigar si esos fenómenos, diversos en apariencia, no provenían de la misma causa, y no obedecían a la misma ley. De modo que viendo el agua subir en un tubo vacío, en lugar de averiguar a qué hecho más general podía referirse el fenómeno, se imaginaba una virtud, una cualidad oculta, el horror al vacío, todo lo cual ocultaba no sólo la ignorancia mediante una palabra, vacía a su vez de sentido, sino que hacía a la ciencia imposible: porque, como dice el moderno filósofo, tomaba una metáfora por una explicación.

ⁱ Si entendemos que lo que Lacan llama metáfora no se apoya en la sustitución en el eje paradigmático sino en el efecto de paso de sentido. En *Booz Endormi* “su gavilla” no es sino sinécdoque/metonimia.

ⁱⁱ Aclaración necesaria: no todos los testimonios presentan ese rasgo histórico en relación a que el fin de análisis consiste en un nuevo saber.

ⁱⁱⁱ Il y a quand même une béance entre la psychanalyse et la topologie. Ce dont je m’efforce, c’est cette béance, de la combler. La topologie est exemplaire, elle permet dans la pratique de faire un certain nombre de métaphores. Il y a une équivalence entre la structure et la topologie

^{iv} *Conversaciones con Krystina Pomorska*. Flammarion 1980.

^v Ambas citas de RSI 15 de abril de 1975.

^{vi} Lucio V Mansilla. *Horror al vacío y otras charlas*. Biblos. 1995. BsAs